

infinita misericordia, debía ilustrar á este sacerdote, cuya alma era toda caridad. Staupitz se convirtió á la fe de su convento. Había dado su adios al mundo en un tratadito, especie de aguinaldos que los monges acostumbraban á dirigir por Pascuas á sus mas queridos feligreses. Aquel librito lo habia dedicado á la duquesa de Baviera. Escuchad; no direis que sus líneas han sido escritas por el autor de la *Imitacion*: «Amar, es rogar; quien ama, ruega; el que ama á Dios, le sirve; el que no le ama, no sabrá servirle, aun cuando tuviese el poder de colocar una montaña sobre otra. Ama, pues, ¡oh hombre! si quieres complacer á Dios.» Staupitz unia el precepto al ejemplo; él amaba, él rogaba y hacia buenas obras, porque como habia reconocido la fe, no sabia ser estéril.

Staupitz era un aleman de antigua raza, y de una franqueza particular: «Hermano mio, dijo á Lutero: os abandono desde que me he convencido que arrastrais con esas todas las pasiones desordenadas.»

CAPITULO XXI.

ADRIANO VI.—DIETA DE NUREMBERG.—1522 Y SIGUIENTES.

Adriano, profesor de filosofía en Lovaina, es nombrado Papa.—Su vida literaria en Holanda.—Su llamada á Erasmo para defender el principio católico.—Vacilacion y repulsa del filósofo.—El Papa Adriano y sus reformas.—Manifiesto de Lutero.—Libro de la magistratura seglar.—Dieta de Nuremberg.—Tentativas del Papa para avenir los ánimos.—El legado Cheregat.—Contestacion de la Dieta al Nuncio.—Nuevo manifiesto de Lutero.—Muerte de Adriano.

MIENTRAS que Lutero predicaba en la iglesia de Wittenberg su sermón sobre el matrimonio, otro sacerdote, sobre el cual tenia tambien la Providencia fija su atencion, enseñaba la teología en Lovaina. Llamaban á este el doctor Florent. Dios no le habia concedido el don de alborotar la muchedumbre. Su palabra era tan sencilla y sin adornos, como su mismo traje. Habitaba en la Universidad un cuarto pequeñito, verdadera celda, donde Erasmo, al dirigirse á Rotterdam, atravesando á Lovaina, pudo difícilmente descansar. Madrugaba para estudiar, y no hacia sino una comida al dia; amaba á los pobres, y compartia con ellos los mil florines que le producía su plaza: finalmente, les cedia uno

de los dos vestidos que la ciudad le regalaba todos los años. Un día Dios tomó de la mano al doctor de Lovaina; y le condujo á Roma para elevarle al trono de Leon X: este doctor era Adriano VI.

Adriano era de distinto carácter que su predecesor; no gustaba del lujo ni de la ostentacion. No levantaba monumentos, ni quitaba los tesoros del Vaticano para enriquecer á Roma de edificios gigantescos; tampoco abría la tierra para extraer de su seno antiguas estatuas, ni menos recorrer las calles de la capital rodeado de pintores, poetas é historiadores. Sus gustos son otros, y otra también su mision. Educado lejos de Italia, en Utrecht, pequeña ciudad de la Holanda, adquirió la mayor sencillez en sus maneras y costumbres. Gustaba con pasion de las letras, porque ellas perfeccionan el alma, ilustran el entendimiento y dan elegancia á las costumbres y á las acciones. Sobre todo, tal era su organizacion, que estaba llena de bondad, de amor y caridad, y de tan inefable dulzura, que por la paz de la Iglesia sacrificaría gozoso su sosiego y su vida.

En Holanda se habia aficionado mucho á todos sus compañeros de estudio, y su primer recuerdo en Roma fue para Erasmo: dos talentos á quienes el ruido de las disputas religiosas fatigaba, porque los alejaba de lo que para ellos habia sobre la tierra de mas bueno: la quietud de su alma. Así, pues, una vez en el trono Adriano, se apresuró á escribir á su antiguo compañero de Universidad. En una carta, cuyo recuerdo se oculta con cuidado, le animaba á trabajar en favor de la pacificacion de la Iglesia, en nombre de la gloria, del porvenir y de Dios, quien le recompensaría largamente en la eternidad, y, en fin, en obsequio también de la antigua y santa amistad que los unia. Quería, pues, que el filósofo defendiese con mano fuerte el catolicismo, y entrase en guerra abierta con el reformador.

«Levantaos, levantaos, decia el Papa á Erasmo, para defender al Señor y para glorificarle; servios, como lo habeis hecho hasta aquí, de los maravillosos dones que os ha concedido.»

Erasmo vacila; no se atreve á asociarse á la obra que el Jefe de la Iglesia le propone; le presenta algunas tímidas escusas referentes á su edad, á sus achaques, á su imaginacion, que se hiela como sus miembros, y acumula dificultades para ir á Roma, adonde el Papa le recomienda venir.

Se observa al escucharle que conoce los males de la Iglesia y los recursos que para corregir aquellos deben aplicarse; pero estos recursos no pueden confiarse sino á mensajeros de confianza, y estos mensajeros no se encuentran. Está satisfecho de haber desde el principio conocido el drama que iba á ejecutarse; y cuando debia desbaratarlo él, el enviado espreso del cielo, retrocede cobardemente.

«Desde el principio he dicho con todas mis fuerzas que los monges favorecian la causa de Lutero, y no se me ha hecho caso. Mas tarde indiqué cómo se podia acabar con el mal, cortándolo de raíz, y se desecharon también mis consejos: en fin, me he explicado lo mejor posible en mis cartas al Papa Adriano; mas por lo visto no han merecido su aprobacion mis indicaciones, cuando no he merecido tampoco contestacion alguna.»

Era un verdadero alemán el Papa Adriano: en su lenguaje, en su vestir, en sus costumbres, en su fe, que para ser estimulada no tenia necesidad, como la de los italianos, de simbolos ni imágenes. Verdadero cristiano de la primitiva Iglesia, que desgraciadamente no comprendia sino la forma exterior: si quiere conservarse, debe renovarse también con las costumbres de un pueblo.

Vestido mas que sencillamente, no le conocian cuando recorria las calles de Roma mas que por el cortejo de co-

jos, paralíticos, ciegos y pordioseros de ambos sexos que se arremolinaban á su paso, y á los cuales socorría. Ningun artista, porque no gustaba de ellos, se veía á su lado; los acusaba de robar el bien á los pobres, y no porque fuese extraño á la estética; pues también era poeta antes de ser Papa; pero su única musa era la caridad.

Un día en que le hablaron de la magnífica pensión que Julio II había señalado al Señor que había encontrado el grupo de Laocoonte, meneó la cabeza: «Son ídolos, dijo: yo conozco otros dioses á quienes prefiero; los pobres, mis hermanos en Jesucristo.» Véase cómo la Providencia fue sabia dando á Leon X un sucesor como Adriano.

Si hubiera sido este elevado al poder en tiempos en que para introducirse en Roma las artes tenían necesidad de un puente de oro, acaso habría avanzado más, como lo hizo cuando le enseñaron el Laocoonte, y Roma hubiera carecido de uno de sus más bellos adornos. Ambos llenaron cumplidamente su misión, asociándose el uno al movimiento de las ideas, animando y recompensando con largueza á los que estaban dotados de un alma de artistas, á fin de hacer entender á los pueblos que el papado, lejos de ser el enemigo de las luces, las glorificaba como un don emanado de Dios; y el otro, cuando ya las artes se habían establecido sin temor á las revueltas, olvidando por un momento la forma para no pensar sino en los males de la Iglesia; es decir, en una obra magnífica en otro sentido, y que ninguno mejor que Adriano podía efectuar. Porque en él brillaban todas las cualidades que la Alemania motejara en Leon X, porque las desdeñaba. Gustaba de la soledad; vestía de paño pardo; usaba de una mesa frugal; la sencillez en el culto y las ceremonias; la ciencia que se oculta y la piedad que tiembla de ser descubierta, eran sus cuidados y pasiones favoritas. Mucho tiempo antes que Lutero tocase con su ardiente mano las indulgencias, había ya estudiado las obras de reparación; asentó su límite, señaló

su verdadero carácter, separando admirablemente el uso del abuso, y conciliando la exigencia del dogma con las luces de la razón.

A su exaltación al pontificado dió una Bula, en la que se encuentran las doctrinas que había profesado constantemente con gran talento, acerca de la virtud de la sangre de Jesucristo; tesoro de indulgencias, como estandarte de la Iglesia. Sobre este punto era sobre el que se explicaba siempre con tanta energía y vigor, que algunos casuistas no aprobaron; contra los escándalos que había dado al mundo el papado; sobre la necesidad de una reforma activa y eficaz en los miembros y en el Jefe; sobre las disoluciones de los Prelados y su escandaloso lujo; sobre el bochornoso tráfico de las cosas santas, del cual Roma había dado alguna vez pernicioso ejemplo.

Para hacer ver que las quejas no eran dadas en vano, comenzó su obra de reparación al momento, disminuyendo los derechos de dispensas de casamiento que se satisfacían á Roma por aquellos cuyo parentesco era muy inmediato. En Alemania se quejaron de las prerogativas de los coadjutores de la Chancillería, y Adriano se las retiró en parte. A los cuestores los despojó de la facultad de distribuir las indulgencias. Todo esto no era sino el principio de las reformas que meditaba, si la Alemania hubiera querido seguirle en sus vías de mejoramiento; pero las buenas intenciones del Papa debían estrellarse contra los caprichos del cuerpo germánico.

El edicto de Worms, dado por el Emperador, había tenido la suerte que todas aquellas leyes que con la persuasión de que no han de cumplirse, no se destinan sino á meter miedo: todo el mundo se burlaba al ver á la alfanera Reforma derramar á la luz del día sus doctrinas. Por entonces se carecía en Alemania de una mano bastante energética y fuerte que hiciese obedecer y ejecutar las órdenes del Emperador Carlos V; á la sazón en España, y quien

parecía no escuchar las discordias religiosas que trastornaban la Germania; grandes pensamientos le ocupaban. Soñaba, decían, con una monarquía, en la cual no debía reinar jamás.

Antes de marchar había elegido por su representante á Federico Palatino, príncipe afeminado, amigo de los placeres, y que tal vez se hubiera prestado á servir á la Reforma si hubiese hallado á su alrededor conciencias dispuestas á asociarse á medidas rigurosas; pero casi todas se mostraron indiferentes, como si hubiera adivinado el efecto de las palabras de Lutero dirigidas á la Dieta de Worms: «Si mi obra es una obra de Dios, ella se cumplirá.» Por otra parte, muchas de entre aquellas conciencias no podían sino ganar con el triunfo del principio reformador; y los ópimos despojos que el monge Sajon había entregado á los príncipes que se resistían, contenían suficientes encantos para seducirlos.

Lutero trabajaba sin descanso para ganar á su causa al pueblo; este comprendía el lenguaje que le hablaba, y acogía con júbilo las exclamaciones contra la opresión, confiado en que llegaría su turno un día, y que podría contar entonces con sus señores, entrando de grado ó por fuerza en la liza. El manifiesto publicado por entonces por Lutero debía producir su efecto, exaltando la fiebre de independencia, de la cual estaba atacada la multitud. Había dado á su libro el título de *La magistratura secular*. Su exordio está lleno de cólera. «Dios, gritaba, inflama el cerebro de los príncipes. Creen que es un deber obedecer sus caprichos; se amparan de la sombra de César, y al escucharles creen no se hace sino ejecutar sus órdenes por sus fieles servidores. ¡Cómo es posible que puedan ocultar sus iniquidades á todas las miradas! ¡Tunos, guilopos, que quieren pasar por cristianos! Ved aquí las manos á las cuales ha confiado César las llaves de la Germania. ¡Mentecatos, que, esterminando la fe de nuestro suelo, harían

crecer en él la blasfemia, si no se les resistía por lo menos con la fuerza de la palabra! Si he atacado de frente al Papa, este gran ídolo romano, ¿podré acaso tener miedo de sus escamas?»

Lutero entra en seguida en materia, y pone en evidencia algunas máximas de la Sagrada Escritura, que tratan del poder del príncipe y de la obediencia del súbdito: aunque á primera vista parecen contradecirse, se esfuerza en conciliarlas. Divide la sociedad en dos fracciones; la una que pertenece al reino de Dios y la otra al de este mundo: la primera, congreso de fieles, Jerusalem de cristianos, que no tiene necesidad, para ser gobernada, ni de cuchilla, ni de magistratura, ni de ministerio político; donde no se conoce la anarquía; donde todos los seres son iguales; donde no hay mas señor que Jesucristo; donde los Obispos y los sacerdotes no se diferencian sino por el ministerio que les está encomendado, y, finalmente, donde no pueden establecerse leyes y reglamentos sin el asentimiento de la voluntad general.

«No es para esta sociedad de escogidos para quien se han hecho las leyes, establecido las magistraturas y fundado los tribunales, sino para una asamblea de infieles, que no sabe existir sin todas estas invenciones humanas. Que los curas y los Obispos lleven la cuchilla y ejecuten la magistratura política; pero solamente en esta sociedad civil de hombres, que no tienen de cristianos sino el nombre. Ningun alma cristiana debe ponerse al abrigo de la cuchilla de la ley civil, y revestirse del oficio de juez para administrar justicia. El que disputa delante de los tribunales, el que viene á mendigar ó defender en ellos su honor ó los bienes temporales, es indigno de llevar el hermoso nombre de discípulo de Cristo; es un gentil, un infiel. Todos han recibido el bautismo; pero entre los que han sido regenerados, ¡cuán pocos son los verdaderos cristianos que pueden confesar á Cristo!»

Después de esto, Lutero se apresura á abandonar la deducción de teorías metafísicas, que no se han hecho para el pueblo, y que le fastidiarían si se prolongasen por mucho tiempo: formas lógicas, que no se dirigen sino á las inteligencias elevadas, como Melanchthon, Jonás, Spalatino, y vuelve á la lucha apasionada de la palabra, en la cual es tan poderoso, que no encuentra rival; á esa lengua de fuego que inflama, remueve, electriza como un himno de combate, y donde sus mismos discípulos se horrorizan. Escuchémosle.

«Ved cómo Dios entrega los príncipes católicos á su depravada razón; quiere acabar con ellos y con sus Príncipes de la Iglesia; sus reinos están cercados, y bajan á la tumba, odiados del género humano, Príncipes, Obispos, sacerdotes, monges, pillo sobre pillo. Desde que el mundo es mundo, es una rareza notable sobre la tierra un Príncipe sabio y prudente, y mas raro todavía un Príncipe puro en costumbres. ¿Qué son la mayor parte de los grandes? Embusteros, bribones, y los mas grandes tunos que viven debajo del sol; lictores y verdugos, de los cuales se sirve Dios en su cólera para castigar á los malvados y conservar la paz de las naciones; porque nuestro Dios es grande, y necesita tener á su servicio nobles, ricos é ilustres verdugos, y se complace en que llamemos *señores clementísimos* á sus verdugos y á sus lictores. Príncipes, la mano de Dios está suspendida sobre vuestras cabezas; el menosprecio se estiende sobre vosotros; morireis, aunque vuestro poder fuese mayor que el del mismo turco. Vuestra recompensa es llegada; se os tiene por unos pillos y ruines; se os juzga de la misma manera que vosotros juzgais; el pueblo os conoce, y este castigo terrible de Dios, el desprecio, os oprime por todos lados, y no podéis apartarle. El pueblo, cansado, no puede por mas tiempo soportar vuestra tiranía y vuestra iniquidad. Dios no lo quiere mas. El mundo de hoy no es el mundo de otro

tiempo, en que cazábais á los hombres como si fuesen bestias feroces.»
Situado en Florencia á Lutero, como Savonarole, y este himno sublevará la muchedumbre, que correrá á las armas y romperá esos instrumentos de iniquidad, á los cuales se da el nombre de *principios*. En Alemania la palabra del reformador no podia producir el mismo efecto; sobre este pueblo frio por naturaleza, cuyo cerebro no recibia el golpe sino de un sol pálido, y acostumbrado de antemano á una obediencia pasiva á los poderes de este mundo, en el cual el catolicismo lo hacia un imperioso deber. La rebelion comenzada pudo dificilmente organizarse, porque un mismo lazo no reunia las poblaciones. Cuando lleguen á insurreccionarse los aldeanos, no será de modo alguno en nombre de la Religion, pero sí en el de sus intereses materiales: guerra de esclavos, que otro nuevo Spartaó emprenderá. Lutero conocia el fuego de sus palabras y la naturaleza de las inteligencias á quienes se dirigian. Esas almas, acostumbradas despues de mucho tiempo al yugo, habian sentido los destinos de Carlos V; ellas sabian que este no estaba tan distante que no pudiese regresar, y venir para anegar en su propia sangre la sublevacion comenzada. En su consecuencia, en lugar de atacar frente á frente á los principios seculares, el pueblo se contentaba con entorpecerlos en su marcha, multiplicar los obstáculos á su paso, importunarlos con sus quejas, aturdirlos con sus clamoreos, calumniar sus intenciones, imputarles deseos sanguinarios, y acusarlos, en fin, de buscar en un reposo hipócrita la manera de rehacer sus fuerzas, para herir en seguida con mas ímpetu y mayor seguridad las conciencias.
Los príncipes católicos, sobre todo, tuvieron que sufrir. La Reforma habia encontrado medio de introducirse en el corazon de su mismo partido. Las denuncias que se hacian á Lutero por los mismos que, perteneciendo á la co-